



Miguel León-Portilla

Trece poetas del mundo azteca

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

1978

262 p.

Ilustraciones y láminas

(Serie de Cultura Náhuatl, Monografías: 11)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de septiembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/trece_poetas/mundo_azteca.html

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



POETAS DE LA REGIÓN TEZCOCANA

En Acolhuacan-Tezcoco
se guardan maravillosas
las pinturas de los anales;
en las casas de los libros,
están las flores preciosas . . .

(Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 18 r)





I. TLALTECATZIN DE CUAUHCHINANCO

Cantor del placer, la mujer y la muerte

(siglo XIV)

Con Tlaltecatzin iniciamos la galería de los forjadores de cantos, no ya seres anónimos, sino, como dirían los nahuas, “rostros que tuvieron carne y color”. Tlaltecatzin fue señor de Cuauhchinanco, en el actual estado de Puebla, a mediados del siglo XIV. De stirpe chichimeca, Tlaltecatzin tuvo fama de hombre feliz. Como lo dejó dicho un poeta de Chalco de nombre Chichicuepon, “fueron felices los príncipes Tlaltecatzin, Xoquatzin y Tozmaquetzin . . .”.¹ Nuestro poeta, según el testimonio de Ixtlilxóchitl, fue contemporáneo de Techotlala, supremo gobernante de Tezcoco, entre los años de 1357 y 1409.² Coetáneos suyos debieron ser también el célebre Tezozómoc de Azcapotzalco, el señor Coxcoxtli de Culhuacán, así como Acamapichtli, primer tlatoani de México-Tenochtitlan.

Desgraciadamente no es mucho lo que conocemos acerca de la vida de Tlaltecatzin. Gracias al mismo historiador tezcocano Ixtlilxóchitl, sabemos que el señorío de Cuauhchinanco formaba parte de los dominios chichimecas de Tezcoco. De Tlaltecatzin y de sus colegas los gobernantes de otras provincias, refiere Ixtlilxóchitl que “venían siempre a la corte de Tezcoco a hallarse para cualquier ocasión y tratar de su buen gobierno”.³

Por ese entonces Tezcoco comenzaba a ser ya importante centro de cultura. Especialmente los gobernantes, sacerdotes y nobles que acudían allí se veían influidos por las ideas religiosas, el arte y el pensamiento que comenzaban a florecer en esa ciudad que habría de alcanzar años más tarde su máximo esplendor bajo el gobierno del célebre Nezahualcōyotl.

¹ *Colección de cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional, fol. 33 r.

² Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Obras históricas*, tomo I, México, 1882, p. 136.

³ *Ibid.*, p. 137.



Los príncipes chichimecas que habían gobernado Tezcoco se habían preocupado por mejorar la forma de vida de sus gentes. Así, Nopaltzin, señor de 1284 a 1315, hijo del gran chichimeca Xólotl, y casado con una princesa de origen tolteca, introdujo sistemáticamente formas mejores de cultivar la tierra. Sus hijos, Tlotzin y Quinatzin, continuando su ejemplo, y oyendo el consejo de algunos toltecas, se ocuparon también de su ciudad, “aderezándola y poniéndola en orden con mucha policía”.⁴

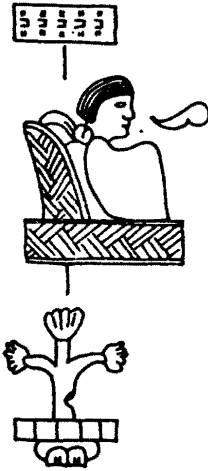
Pronto se hizo venir a sabios procedentes de la Mixteca para aprender de ellos la antigua escritura de los códices, la astrología y las artes de los tiempos toltecas. Correspondió precisamente a Techtolala consumir este proceso de transformación cultural, aceptando el culto religioso en honor de Quetzalcóatl e imponiendo a sus vasallos la obligación de hablar el idioma náhuatl a la manera tolteca, como él mismo lo había aprendido de su nodriza la señora Papaloxóchitl. Recordando una vez más el testimonio de Ixtlilxóchitl, sabemos que el arte del bien hablar, el uso de las pinturas y otras cosas de orden y buen gobierno florecieron por entonces en Tezcoco “porque ya en esta sazón (los tezcocanos) estaban muy interpolados con los de la nación tolteca”.⁵

Tlaltecatzin que, “venía siempre a la corte de Tezcoco a hallarse para cualquier ocasión y tratar de su buen gobierno”, pudo interesarse y verse influido por el florecimiento cultural que allí imperaba cada día con más fuerza. Es probable que en sus visitas a la metrópoli tezcocana trabara amistad con otros poetas como Tozmaquetzin al lado del cual es mencionado por Chichicuepon, el poeta de Chalco. Allí mismo tendría ocasión Tlaltecatzin de ahondar en la antigua sabiduría de origen tolteca, conocer las doctrinas acerca de Quetzalcóatl y el arte de la expresión cuidadosa en la lengua de los nahuas como se hablaba en los viejos tiempos. El hecho es que Tlaltecatzin llegó a ser célebre forjador de cantares. De él se dice que “dejado a ti mismo, en tu casa, expresaste sentimientos y hablaste rectamente”.⁶

⁴ *Ibid.*, t. I, p. 117.

⁵ *Ibid.*, t. II, p. 73.

⁶ *Colección de cantares mexicanos (Romances de los señores de la Nueva España)*, fol. 7 r.



Tlaltecatzin de Cuauhchinanco, tributario político y cultural de Tezcoco hacia fines del siglo xiv, bajo el poder de Techtotlala. (*Códice Xólotl*, v.)

Conocemos sólo un cantar de Tlaltecatzin. Es un poema ni muy largo ni muy corto, pero tan recordado y famoso que lo encontramos incluido dos veces en las colecciones prehispánicas.⁷ Aunque se trata de un solo poema, nos atrevemos a decir que gracias a él nos acercamos a lo que parece haber sido la actitud en la vida de quien fue señor de Cuauhchinanco.

El poema de Tlaltecatzin es un canto al placer en todas sus formas. Pero, como será también el caso de otros muchos forjadores de cantos del mundo prehispánico, con la afirmación del placer se entrelaza el sentimiento angustioso de la pérdida de sí mismo por obra de la muerte. Tlaltecatzin ofrece en breves líneas un cuadro en verdad extraordinario. En su poema dialoga con una *ahuiani*, “alegradora”, mujer pública en los días del México antiguo. La alegradora invita al placer, es “preciosa flor de maíz tostado”, es admirable criatura que yace sobre la estera de plumas, es como el cacao floreciente que se reparte y de él todos gozan. Contradiciendo a quienes han pensado que el hombre prehispánico tuvo miedo del placer y del sexo, Tlaltecatzin proclama que al lado de las flores preciosas, por encima del cacao que beben los príncipes y del humo del tabaco que anima la reunión de los amigos, está la admirable criatura, la dulce y preciosa mujer.

⁷ Véase *Colección de cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México, fol. 30 r. y v. y *Romances de los señores de la Nueva España*, fols. 7 r. – 8 r.



Interesante resulta descubrir la presencia de quienes sólo “se ofrecen en préstamo”, las alegradoras del mundo náhuatl, desde los comienzos mismos del florecimiento de centros como Tezcoco, a donde, como hemos visto, frecuentemente acudía Tlaltecatzin. Bastante es lo que podría decirse de estas *ahuianime*, ya que acerca de ellas hay en los textos más referencias de lo que pudiera pensarse. Por vía de ejemplo recordaremos algo de lo que sobre ellas se consigna en el folio 129 del *Códice Matritense*:

La alegradora
con su cuerpo da placer,
vende su cuerpo . . .
Se yergue, hace meneos,
dizque sabe ataviarse,
por todas partes seduce . . .
Como las flores se yergue . . .
No se está quieta,
no conoce el reposo,
Su corazón está siempre de huida,
palpitante su corazón . . .
Con la mano hace señas,
con los ojos llama.
Vuelve el ojo arqueando,
se ríe, ándase riendo,
muestra sus gracias . . .

Fijo el pensamiento en una de estas alegradoras, Tlaltecatzin afirma que así adormece su corazón. En la que llama “preciosa flor de maíz tostado”, al igual que “en la bebida que embriaga con flores”, es posible hallar un poco de solaz y contento.

Pero el canto de placer que forjó Tlaltecatzin es también un canto de muerte. En su diálogo con la alegradora, no puede menos de repetirle una y otra vez: “serás abandonada, tendrás que irte, quedarás descarnada . . .”. De sí mismo afirma “yo sólo soy, soy un cantor . . . , mi vida es cosa preciosa . . .”, para luego añadir “ya tengo que abandonarla, sólo contemplo mi casa . . . yo sólo me voy, iré a perderme”. Y contemplando las flores y el placer en todas sus formas, Tlaltecatzin resignado acepta su propio destino, “váya-

me yo, como los muertos sea envuelto, yo forjador de cantos . . . que sea así y que sea sin violencia”.

Tal parece ser el meollo de las ideas y la expresión incisiva de Tlaltecatzin de Cuauhchinanco, poeta el más antiguo de los que aquí estudiaremos, no ya ser anónimo sino dueño de un rostro, hombre que vivió en los albores del resurgir de la vieja cultura, cuando Tezcoco mostraba ya en anticipo algo de lo que llegaría a ser como centro del saber y del arte. Afloraba el momento en el cual, como se lee en el *Códice matritense*, las gentes que hacían suya la herencia tolteca, “cultivaban ya el canto, establecían el lugar de los atabales, porque se dice que así principiaban entonces las ciudades: existía en ellas la música . . . ”.⁸



“Las alegradoras hacen meneos, saben ataviarse, por todas partes seducen, como las flores se yerguen . . . ” (*Códice Florentino*, x.)

⁸ Informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Academia de la Historia*, fol. 180 v.



Tlaltecatzin icuic

Zan ye ihuan noncuica
yehyan, noteuh.
In tonaya,
tlatoayan,
yie xochincacahuatl in pozontimani,
a xochioctli.

Nocoya ye,
noyol quimati,
quihuinti ye noyol,
noyol quimati:

¡Zan ca tlauhquechol!,
celiya, pozontimani,
mocquipacxochiuh.
¡Tinaan!
Huelicacihuatl,
cacahuaizquixochitl,
zan tonnetlahehuilo,
ticahualoz,
tiyaz,
ximaaz.

Can tiyehcoc ye nican,
imixpan o teteuctin,
timahuiztlachihualla,
monequetza.
Moxiuhcozquetzalpetlapan,
tonihcaca.
Cacahuaizquixochitl,
zan tonnetlanehuilo,
ticahualoz,
tiyaaz,
ximoaz.



El poema de Tlaltecatzin

En la soledad yo canto
a aquel que es mi Dios
En el lugar de la luz y el calor,
en el lugar del mando,
el florido cacao está espumoso,
la bebida que con flores embriaga.

Yo tengo anhelo,
lo saborea mi corazón,
se embriaga mi corazón,
en verdad mi corazón lo sabe:

¡Ave roja de cuello de hule!,
fresca y ardorosa,
luces tu guirnalda de flores.
¡Oh madre!
Dulce, sabrosa mujer,
preciosa flor de maíz tostado,
sólo te prestas,
serás abandonada,
tendrás que irte,
quedarás descarnada.

Aquí tú has venido,
frente a los príncipes,
tú, maravillosa criatura,
invitas al placer.
Sobre la estera de plumas amarillas y azules
aquí estás erguida.
Preciosa flor de maíz tostado,
sólo te prestas,
serás abandonada,
tendrás que irte,
quedarás descarnada.



Ah zan xochicacahuatl
in puzontimani,
yexochitl in tlamaco.
Intla noyol quimati,
quihuintia ye noyolia.
Aya yece ye nican,
tlalla icpac,
antetecuita, nopilhuan,
a noyol quimati,
quihuintia ye noyol.

Ah zan ninetlamata,
niquitohua:
Maca niya
ompa ximohuayan.
Tlazotli noyol.
In nehua, nehua,
zan nicuicanitl,
teocuitlayo noxochihuacayo,
Inniquiyacahua,
zan niquitta nochan,
xochimamani.
¿Mach huey chalchihuitl,
quetzalli patlahuac
mach nopatiuh?
In zan ninoquixtiz,
quenmanian,
ca zan niyaz,
nipoliuhtih.
Ninocahua,
¡ah notecu!
Ah niquitohua: ma niyauh,
ma ninoquimilolo,
ni cuicanitli,
ma ihui.
¿Ma aca ca cizquia noyol ac?
Zan yuh niyaz,
xochihuiconticac ye noyolio.
Ye quetzal nenelihui,



El floreciente cacao
ya tiene espuma,
se repartió la flor del tabaco.
Si mi corazón lo gustara,
mi vida se embriagaría.
Cada uno está aquí,
sobre la tierra,
vosotros señores, mis príncipes,
si mi corazón lo gustara,
se embriagaría.

Yo sólo me aflijo,
digo:
que no vaya yo
al lugar de los descarnados.
Mi vida es cosa preciosa.
Yo sólo soy,
yo soy un cantor,
de oro son las flores que tengo.
Ya tengo que abandonarla,
sólo contemplo mi casa,
en hilera se quedan las flores.
¿Tal vez grandes jades,
extendidos plumajes
son acaso mi precio?
Sólo tendré que marcharme,
alguna vez será,
yo sólo me voy,
iré a perderme.
A mí mismo me abandono,
¡Ah, mi Dios!
Digo: váyame yo,
como los muertos sea envuelto,
yo cantor,
sea así.
¿Podría alguien acaso adueñarse de mi corazón?
Yo solo así habré de irme,
con flores cubierto mi corazón.
Se destruirán los plumajes de quetzal,



chalchiutli in tlazotli
yectla mochiuhtoca.
¡Acan machotica
tlalticpac!
Zan ihui ya azo,
ihuan in ihuiyan.

(Ms. *Cantares Mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, fols. 30 r. y
v., y *Romances de los señores de la Nueva España*, fols. 7 r. - 8 r.)



los jades preciosos
que fueron labrados con arte.
¡En ninguna parte está su modelo
sobre la tierra!
Que sea así,
y que sea sin violencia.

